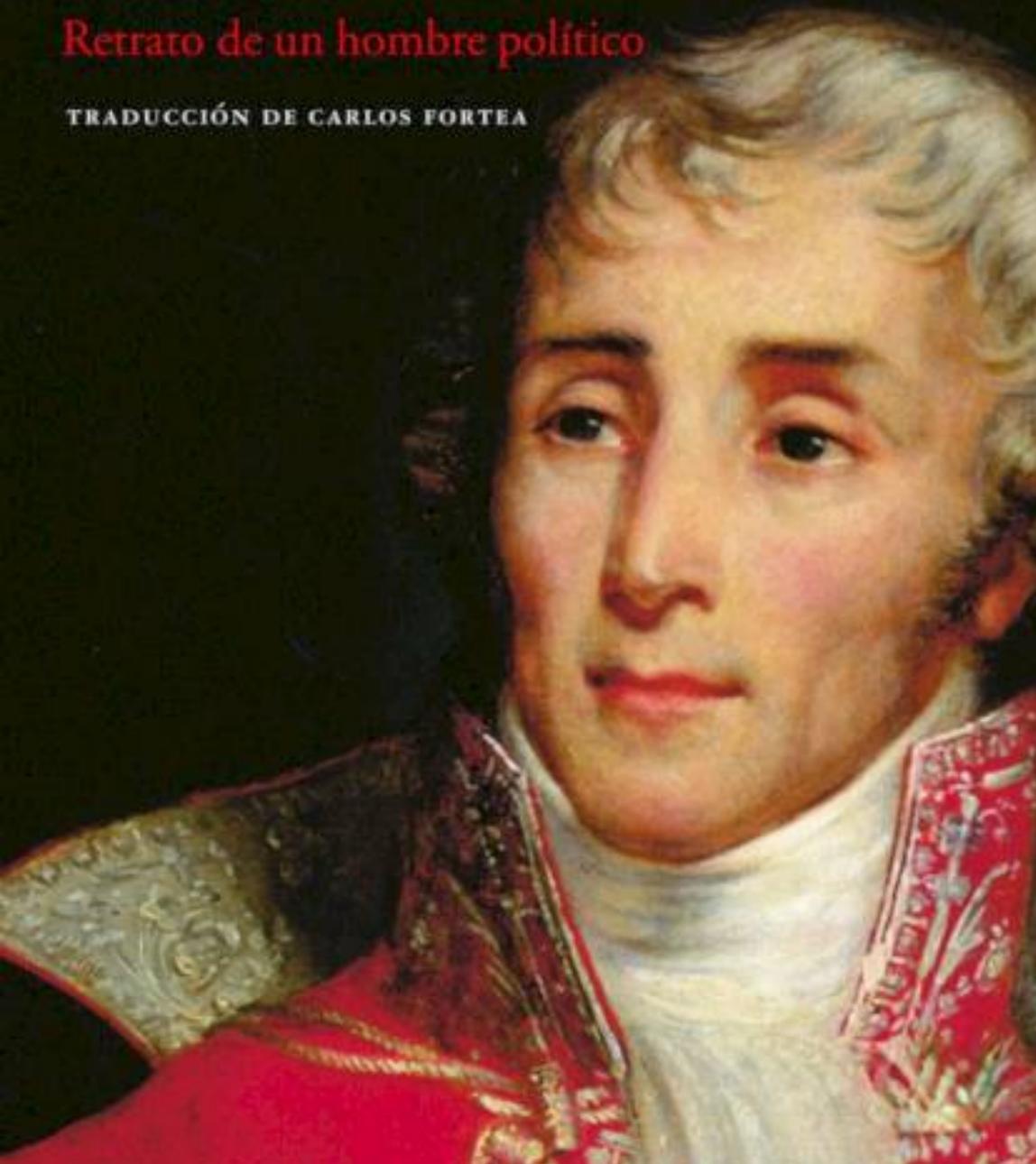


Stefan Zweig

Fouché

Retrato de un hombre político

TRADUCCIÓN DE CARLOS FORTEA



La ambición y la intriga son las únicas pasiones de este hombre político, carente de escrúpulos y moral, que navega a través de las convulsiones sociales y políticas de la Francia revolucionaria y del imperio sin mudar el gesto. Como muy bien dice Zweig: «Los gobiernos, las formas de Estado, las opiniones, los hombres cambian, todo se precipita y desaparece en ese furioso torbellino del cambio de siglo, sólo uno se queda siempre en el mismo sitio, al servicio de todos y de todas las ideas: Joseph Fouché».

*A Arthur Schnitzler,  
con afectuosa admiración*

## PREFACIO

Joseph Fouché, uno de los hombres más poderosos de su tiempo, uno de los más singulares de todos los tiempos, encontró poco amor entre sus contemporáneos y aún menos justicia en la posteridad. A Napoleón en Santa Elena, a Robespierre entre los jacobinos, a Carnot, Barras, Talleyrand en sus memorias, a todos los historiadores franceses, ya sean realistas, republicanos o bonapartistas, les empieza a brotar bilis de la pluma con tan sólo escribir su nombre. Traidor nato, miserable intrigante, puro reptil, tráfuga profesional, vil alma de corchete, deplorable inmoralista..., no se ahorra con él ninguna palabra despreciativa, y ni Lamartine ni Michelet ni Louis Blanc intentan seriamente indagar en su carácter, o más bien en su admirablemente terca falta de carácter. Su figura aparece por vez primera con sus verdaderos contornos vitales en la monumental biografía de Louis Madelin (al que este estudio, como cualquier otro, debe la mayor parte del material referente a los hechos); por lo demás, la Historia ha empujado en completo silencio a la fila de atrás de los figurantes de poca importancia a un hombre que en medio de un cambio universal dirigió todos los partidos y fue el único en sobrevivirlos, que venció en duelo psicológico a un Napoleón y a un Robespierre. De vez en cuando, su figura aparece como un fantasma en una obra de teatro o una opereta napoleónica, pero la mayoría de las veces lo hace en el manido y esquemático papel del astuto ministro de policía, de un precursor de Sherlock Hol-

mes; una presentación plana confunde siempre un papel entre bastidores con un papel secundario.

Sólo uno vio grande a esta figura única desde su propia grandeza, y no el más insignificante: Balzac. Ese espíritu elevado y al tiempo penetrante, que no miraba sólo el decorado de su época, sino también detrás de las bambalinas, reconoció sin reservas en Fouché al personaje más interesante de su siglo desde el punto de vista psicológico. Acostumbrado a contemplar todas las pasiones, tanto las llamadas heroicas como las llamadas bajas, como elementos por entero equivalentes en su química de los sentimientos, a admirar a un consumado criminal, un Vautrin, lo mismo que a un genio moral, un Louis Lambert, sin distinguir jamás entre lo decente y lo indecente, sino limitándose a medir el valor de la voluntad de un hombre y la intensidad de su pasión, Balzac sacó de su intencionado ensombrecimiento precisamente a este hombre, uno de los más despreciados e injuriados de la Revolución y la época imperial. «El único ministro que jamás tuvo Napoleón», llama a este «genio singular», luego una vez más «la más poderosa cabeza que he conocido nunca», y en otro lugar «una de esas figuras que tienen tanta profundidad bajo cualquier superficie que en el momento de su acción se mantienen impenetrables y sólo después pueden ser comprendidas». ¡Esto suena muy distinto a esos desprecios moralistas! Y en medio de su novela *Un asunto tenebroso*, dedica a ese «espíritu tenebroso, profundo e inusual, que es poco conocido» una hoja especial:

El hecho de que insuflaba una especie de temor a Napoleón no se manifestó de golpe. Este desconocido miembro de la Convención, uno de los hombres más extraordinarios y al tiempo peor valorados de su época, sólo al llegar las crisis se convirtió en lo que luego fue. Bajo el Directorio, alcanzó la altura desde la cual los hombres profundos saben reconocer el futuro en tanto que valoran correctamente el pasado; luego, igual que algunos actores

mediocres, ilustrados por una repentina iluminación, se convierten en magníficos intérpretes, dio de pronto pruebas de su habilidad durante el golpe de Estado del 18 de Brumario. Este hombre de pálido rostro, crecido bajo una disciplina monacal, conocedor de todos los secretos del partido de los montañeses, al que perteneció en un principio, y lo mismo de los realistas, a los que terminó por pasarse, este hombre había estudiado lenta y silenciosamente los hombres, las cosas y las prácticas del escenario político; penetró los secretos de Napoleón, le dio útiles consejos y valiosas informaciones; [...] ni sus nuevos colegas ni los antiguos intuyeron en ese momento el alcance de su genio, que era esencialmente el genio del gobierno: acertado en todas sus profecías y de increíble agudeza.

Eso dice Balzac. Su homenaje fue lo primero que llamó mi atención hacia Fouché, y desde hace años echaba una mirada ocasional al hombre en cuyo honor Balzac decía que había «tenido más poder sobre los hombres que el mismo Napoleón».

Pero, lo mismo que a lo largo de su vida, Fouché ha sabido mantenerse en un segundo plano en la Historia: no gusta de dejarse mirar a la cara ni de enseñar sus cartas. Casi siempre se esconde dentro de los acontecimientos, dentro de los partidos, actuando de forma tan invisible tras la envoltura anónima de su cargo como la maquinaria de un reloj, y sólo muy raras veces se logra, en el tumulto de los acontecimientos, atrapar las curvas más cerradas de su trayectoria, su huidizo perfil. Y ¡más extraño aún!, ninguno de esos perfiles de Fouché atrapados al vuelo concuerda al primer vistazo con los otros. Cuesta cierto esfuerzo imaginar que el mismo hombre, con igual piel y los mismos cabellos, era en 1790 profesor en un seminario y en 1792 saqueador de iglesias, en 1793 comunista y cinco años después ya multimillonario, y otros diez años después duque de Otranto. Pero cuanto más audaces eran sus transformaciones, tanto más interesante me resultaba el carácter, o más bien no carácter, de este hombre, el más consumado

maquiavélico de la Edad Contemporánea, tanto más incitante se me hacía su vida política, completamente envuelta en secretos y segundos planos, tanto más peculiar, hasta demoníaca, su figura. Así, sin darme cuenta, por pura alegría psicológica, llegué a escribir la historia de Joseph Fouché como parte de una todavía pendiente y muy necesaria biología de los diplomáticos, esa raza intelectual todavía no investigada, la más peligrosa de todas las de nuestro entorno.

Tal descripción vital de una naturaleza del todo amoral, incluso una tan singular y significativa como la de Joseph Fouché, va, lo sé, en contra del evidente deseo de los tiempos. Nuestro tiempo quiere y ama hoy las biografías heroicas, porque dada la pobreza propia en figuras de liderazgo políticamente creativo busca ejemplos mejores en el pasado. No ignoro en absoluto el poder de expandir las almas, aumentar las energías, elevar el espíritu, de las biografías heroicas. Desde los tiempos de Plutarco, son necesarias para toda estirpe en ascenso y toda nueva juventud. Pero precisamente en el campo político esconden el peligro de una falsificación de la Historia, como si entonces y siempre las naturalezas verdaderamente destacadas hubieran decidido el destino del mundo. Sin duda una naturaleza heroica domina durante décadas y siglos la vida espiritual con su sola presencia, pero sólo la espiritual. En la vida real, la verdadera, en la esfera de poder de la política, raras veces deciden —y esto es algo que hay que recalcar, como advertencia contra toda credulidad política— las figuras superiores, los hombres de ideas puras, sino un género mucho menos valioso, pero más hábil: las figuras que ocupan el segundo plano. Tanto en 1914 como en 1918, hemos visto cómo las decisiones históricas de la guerra y de la paz no eran tomadas desde la razón y la responsabilidad, sino por hombres ocultos en las sombras, de dudoso carácter e insuficiente entendimiento. Y diariamente volvemos a ver que en el discutible y a menudo sacrílego juego de la política, al que los

pueblos siguen confiando de buena fe sus hijos y su futuro, no se abren paso los hombres de amplia visión moral, de inmovibles convicciones, sino que siempre se ven desbordados por esos tahúres profesionales a los que llamamos diplomáticos, esos artistas de las manos ágiles, las palabras vacías y los nervios fríos. Así que si realmente, como Napoleón dijo hace ya cien años, la política se ha convertido en *la fatalité moderne*, el moderno destino, trataremos en defensa propia de reconocer a los hombres que hay detrás de esos poderes, y con ellos el peligroso secreto de su poder. Así, esta biografía de Joseph Fouché es una contribución a la tipología del hombre político.

*Salzburgo, otoño de 1929*

## ASCENSIÓN

1759-1793

El 31 de mayo de 1759, Joseph Fouché —¡que aún está lejos de ser duque de Otranto!— nace en la ciudad portuaria de Nantes. Marinos comerciantes sus padres, marinos sus antepasados, nada más evidente que el que el heredero fuera a su vez marino, comerciante naval o capitán. Pero pronto se demostrará que ese muchacho flaco y espigado, anémico, nervioso, feo, carece de toda aptitud para un oficio tan duro, por aquel entonces realmente todavía heroico. A dos millas de la orilla se marea; un cuarto de hora de correr o jugar, y ya está agotado. Qué hacer pues con un vástago tan delicado, se preguntan los padres no sin preocupación, porque la Francia de alrededor de 1770 aún no tiene un verdadero espacio para una burguesía que intelectualmente ya ha despertado, y que se abre paso con impaciencia. En los tribunales, en la Administración, todos los puestos, todos los cargos, todas las prebendas, siguen reservados a la nobleza; para servir en la corte se necesitan armas condales o una baronía, incluso en el ejército, un burgués de grises cabellos apenas ha logrado pasar de cabo. El Tercer Estado continúa excluido en ese reino corrupto y mal aconsejado; no sorprende que un cuarto de siglo después exija con los puños lo que se ha negado demasiado tiempo a su mano que imploraba humilde.

Sólo queda la Iglesia. Esta gran potencia milenaria, infinitamente superior en conocimiento del mundo a todas las

dinastías, tiene una forma de pensar más inteligente, más democrática y más generosa. Siempre tiene sitio para todos los que tienen dotes, y acoge incluso a los más bajos en su reino invisible. Como el pequeño Joseph se distingue estudiando ya en el pupitre de los oratorianos, gustosamente dejan que una vez instruido sienta cátedra como profesor de matemáticas y física, inspector escolar y prefecto. A los veinte años, ha alcanzado dignidad y cargos en esta orden, que desde la expulsión de los jesuitas dirige la educación católica en toda Francia; un cargo pobre sin duda, sin muchas expectativas de ascenso, pero una escuela en la que se enseña a sí mismo, en la que aprende enseñando.

Podría llegar más alto, convertirse en sacerdote, quizá incluso un día en obispo o cardenal, si tomase los votos sacerdotales. Pero, típico de Joseph Fouché, ya en el primer escalón de su carrera, el más bajo, se pone de manifiesto un rasgo característico de su personalidad: su aversión a vincularse plenamente, irrevocablemente, a alguien o a algo. Lleva ropa eclesiástica y tonsura, comparte la vida monacal de los otros clérigos, durante esos diez años de oratoriano en nada se distingue, externa e internamente, de un sacerdote. Pero no toma las órdenes mayores, no toma ningún voto. Como siempre, en cualquier situación, se deja abierta la retirada, la posibilidad de la transformación y el cambio. También a la Iglesia se entrega sólo temporalmente y no por entero, como tampoco lo hará después a la Revolución, al Directorio, al Consulado, al Imperio o a la Monarquía: Joseph Fouché no se siente obligado a ser fiel de por vida ni siquiera a Dios, no digamos a un hombre.

Durante diez años, desde los veinte hasta los treinta, este pálido y reservado medio cura camina por pasillos de monasterios y callados refectorios. Enseña en Niort, Saumur, Vendôme, París, pero apenas siente el cambio de domicilio, porque la existencia del profesor de un seminario siempre

es igual de tranquila, pobre e insignificante en una ciudad como en otra, detrás de silenciosos muros, separado siempre de la vida. Veinte alumnos, treinta alumnos, cuarenta alumnos a los que enseñar latín, matemáticas y física, muchachos pálidos vestidos de negro a los que se lleva a misa y se vigila en el dormitorio, solitarias lecturas de libros científicos, comidas escasas, mala paga, un traje negro y desgastado, una existencia monacal y carente de pretensiones. Parecen petrificados esos años, irreales y al margen del espacio y el tiempo, estériles y faltos de ambición, esos diez años silenciosos y sombríos.

Y sin embargo, en esos diez años de escuela conventual Joseph Fouché aprende mucho de lo que luego servirá infinitamente al posterior diplomático, sobre todo la técnica del saber callar, el arte magistral de la autoocultación, el magisterio de la observación de las almas y la psicología. El hecho de que este hombre domine cada nervio de su rostro, incluso en momentos de pasión, durante toda su vida, que jamás pueda descubrirse una vehemente congestión de ira, de amargura, de excitación, en su rostro inmóvil, amurallado de silencio por así decirlo, que diga relajadamente, con la misma voz sin inflexiones, tanto lo más coloquial como lo más terrible, y sepa recorrer con el mismo paso carente de ruido tanto los aposentos del emperador como una furiosa concentración popular..., esa incomparable disciplina del autodomínio ha sido aprendida en los años del refectorio, su voluntad ha sido largamente amansada por los ejercicios de Loyola, y su discurso se ha adiestrado en las discusiones del centenario arte de los sacerdotes antes de subir a la tribuna del escenario mundial. Quizá no sea casualidad que los tres grandes diplomáticos de la Revolución francesa, Talleyrand, Sieyés y Fouché, vinieran de la escuela de la Iglesia, maestra hace mucho en el arte de los hombres, antes de subir a la tribuna. Esa antiquísima y común tradición, que va mucho más allá de ellos, da a sus caracteres, por lo demás opuestos, un cierto parecido en

los momentos decisivos. A esto se añade, en el caso de Fouché, una autodisciplina férrea, espartana por así decirlo, una interior resistencia contra el lujo y el boato, la capacidad de saber ocultar la vida privada y los sentimientos personales; no, esos años de Fouché a la sombra de los pasillos de los conventos no fueron perdidos, aprendió muchísimo mientras era profesor.

Detrás de los muros del monasterio, en el más estricto aislamiento, este espíritu singularmente flexible e inquieto se educa y desarrolla hasta alcanzar la maestría psicológica. Durante años sólo puede actuar de manera invisible, en el más estrecho círculo clerical, pero ya en 1778 ha empezado en Francia la tempestad social, que bate incluso los muros del convento. En las celdas de los oratorianos se discute tanto sobre los derechos humanos como en los clubes masones, una nueva forma de curiosidad empuja a ese joven clérigo hacia lo burgués, curiosidad también del profesor de física y matemáticas hacia los asombrosos descubrimientos de la época, el Montgolfiero, las primeras aeronaves, los grandiosos inventos en los ámbitos de la electricidad y la medicina. Los clérigos buscan el contacto con los círculos intelectuales, y esto es lo que ofrece en Arras un círculo social muy especial, llamado «Rosati», una especie de Jauja en la que los intelectuales de la ciudad se reúnen en alegre compañía. Se procede de forma discreta, pequeños e insignificantes burgueses leen poemitas o pronuncian alocuciones literarias, los militares se mezclan con los civiles, y también el profesor del seminario Joseph Fouché es visto con agrado, porque tiene mucho que contar de los nuevos logros de la física. A menudo se sienta allí en un ambiente de compañerismo, y escucha cuando, por ejemplo, un capitán del cuerpo de ingenieros llamado Lazare Carnot lee burlescos poemas de su propia invención o el pálido abogado de finos labios Maximilian de Robespierre (entonces aún da importancia al *de de* nobleza) pronuncia un débil discurso en honor del «Rosati». Porque en provincias aún se respiran

las últimas bocanadas de la filosofía dieciochesca, el señor De Robespierre aún escribe delicados versitos en vez de sentencias de sangre, el médico suizo Marat aún redacta una novela dulzona y sentimental en vez de furibundos manifiestos comunistas, el pequeño teniente Bonaparte aún se afana en algún lugar de provincias por escribir una novelita que imita el *Werther*: las tormentas aún son invisibles al otro lado del horizonte.

Pero, juego del destino: precisamente con este pálido, nervioso, desenfrenadamente ambicioso abogado De Robespierre hace especial amistad el tonsurado profesor; sus relaciones llevan incluso el mejor camino de convertirse en relación de cuñados, porque Charlotte Robespierre, la hermana de Maximilian, quiere salvar al profesor de los oratorianos de su estado clerical, en todas las mesas se habla ya de su compromiso. El porqué este noviazgo se desmorona finalmente es algo que ha quedado en secreto, pero quizá aquí se esconde la raíz de ese odio terrible, de alcance para la Historia Universal, entre estos dos hombres, antaño amigos, que luego lucharán a vida o muerte. Pero entonces aún no saben nada del jacobinismo ni del odio. Al contrario, incluso cuando Maximilian de Robespierre es enviado como diputado a los Estados Generales de Versalles para colaborar en la nueva Constitución de Francia, es el tonsurado Joseph Fouché el que presta al pobrísimo abogado De Robespierre las monedas de oro para pagar el viaje y poder hacerse un traje nuevo. Símbolo también éste de cómo él, como con tanta frecuencia en el futuro, sostiene a otro el estribo para hacer carrera en la Historia Universal. Y de que precisamente será él quien en el momento decisivo traicione a su antiguo amigo y lo haga caer al suelo por la espalda.

Poco después de la partida de Robespierre hacia la reunión de los Estados Generales que conmoverá los fundamentos de Francia, también los oratorianos de Arras hacen su pequeña revolución. El viento de la política ha penetra-

do hasta los refectorios, y el astuto venteador Joseph Fouché hincha con él sus velas. A propuesta suya, se envía a la Asamblea Nacional una delegación que manifieste las simpatías de los clérigos por el Tercer Estado. Pero este hombre normalmente tan cauteloso ha iniciado esta vez las hostilidades con una hora de antelación. Sus superiores lo envían, a modo de castigo, pero sin fuerza para una verdadera condena, a la institución hermana de Nantes, al mismo sitio en que el muchacho aprendió los fundamentos de la ciencia y el arte de conocer a los hombres.

Pero ahora es experimentado y maduro, ahora ya no le atrae enseñar a adolescentes la tabla de multiplicar, geometría y física. El olfateador del viento ha percibido que sobre el país pende una tempestad social, que la Política domina el mundo; ¡así que a la Política! De un golpe, cuelga la sotana, se deja crecer la tonsura y pronuncia discursos políticos, en vez de ante muchachos inmaduros, ante los honrados ciudadanos de Nantes. Se funda un club —la carrera de los políticos siempre empieza en semejante escenario de pruebas de la elocuencia—, no pasan más que unas semanas, y ya Fouché es presidente de los Amis de la Constitution de Nantes. Ensalza el progreso, pero muy cautelosamente, de manera muy liberal, porque el barómetro político de la honrada ciudad mercantil marca moderación; el radicalismo no gusta en Nantes, donde uno teme por su crédito y quiere ante todo hacer buenos negocios. Tampoco gustan, dado que se perciben sabrosas prebendas de las colonias, proyectos tan fantásticos como la liberación de los esclavos; por eso Joseph Fouché redacta enseguida un patético documento dirigido a la Convención en contra de la abolición del comercio de esclavos, que sin duda le gana un buen rapapolvo de Brissot, pero no disminuye su prestigio en el estrecho círculo de sus conciudadanos. Para asentar a tiempo su posición política en la camarilla burguesa (¡los futuros electores!), se casa a toda prisa con la hija de un adinerado comerciante, una muchacha fea, pero acau-

dalada, porque quiere ser rápida y completamente burgués en una época en la que —él ya se da cuenta— el Tercer Estado pronto será el supremo, el dominante.

Todo esto son ya preparativos para la verdadera meta. Apenas se convocan las elecciones para la Convención, el antiguo profesor del seminario se presenta candidato. ¿Y qué hace cualquier candidato? Empieza por prometer a sus buenos electores todo lo que quieren oír. Así que Fouché jura proteger el comercio, defender la propiedad, respetar las leyes; truena mucho más (porque el viento en Nantes sopla más de la derecha que de la izquierda) contra los causantes de desórdenes que contra el antiguo régimen. De hecho, el año 1792 es elegido diputado de la Convención, y la escarapela tricolor de los diputados sustituirá por mucho tiempo la tonsura llevada oculta y en silencio.

Joseph Fouché tiene treinta y dos años en el momento de su elección. No es un hombre guapo, en absoluto. De cuerpo enjuto, casi fantasmagóricamente flaco, un rostro huesudo y estrecho de líneas angulosas, feo y desagradable. Afilada la nariz, afilada y estrecha también la siempre cerrada boca, con frialdad de pez los ojos bajo unos párpados pesados, casi somnolientos, las pupilas de un gris gatuno como cristales redondos. Todo en este rostro, todo en este hombre está por así decirlo tenuemente dosificado de sustancia vital: parece un hombre bajo una luz de gas, pálido y verdoso. No hay brillo en los ojos, ni sensualidad en los movimientos, ni acero en la voz. El cabello ralo y lacio, las cejas rojizas y apenas visibles, las mejillas de una palidez grisácea. Es como si no hubiera suficiente pigmento para dar a ese rostro una tonalidad sana: este hombre duro, de inaudita capacidad de trabajo, parece siempre cansado, enfermo, convaleciente.

Todo el que lo ve tiene la impresión de que este hombre no tiene sangre caliente, roja y en movimiento. Y, de